



Las Palabras Que Nadie Pudo Decir

Este es el final de mi historia. Creo que ya he hablado de todas las emociones que no quiero olvidar y de todos los acontecimientos que quiero recordar. Lo único que queda son un puñado de recuerdos. Aunque no creo que se pueda llamar epílogo. Mi vida sigue adelante, tan ajetreada como siempre, sin esa línea divisoria clara que necesitarías para llamarlo epílogo.

Después de cerrar la puerta, Souta y yo volvemos al lugar donde solía estar mi casa y encontramos a alguien inesperado esperándonos allí: Serizawa. Él y Tamaki están apoyados contra los cimientos de hormigón entre las malas hierbas, durmiendo profundamente. La cara de Souta al ver a Serizawa es todo un espectáculo. Su expresión es una mezcla compleja de sorpresa, fastidio y afecto.



—Vine a recuperar esos veinte mil yenes que te presté —dice Serizawa cuando se despierta.

—¿Estás de broma? —responde Souta—. ¡Tú no me prestaste ese dinero, fui yo quien te lo prestó a ti!

Quizá Serizawa no está hecho para ser profesor, después de todo. Pronto, tanto Serizawa como Tamaki están bien despiertos, y tras un momento de sorpresa y alivio compartido entre los cuatro, intercambiando malentendidos y justificaciones, todos nos subimos al coche de Serizawa.

La parte delantera del descapotable rojo está dolorosamente aplastada, y cada vez que Serizawa cambia de marcha, da tirones aún peores que antes. La puerta que se desprendió está sujeta con cinta adhesiva. Resulta que Serizawa llamó a su servicio de asistencia en carretera y consiguió que remolcaran el coche de vuelta a la carretera. Conducimos un tramo con vistas al océano durante un rato, y luego paramos en una estación de tren a medio camino de la montaña. Souta y yo dejamos a Tamaki y Serizawa en el coche y pasamos por la barrera de billetes de la estación sin personal.

—Ojalá volvieras con nosotros... —digo mientras esperamos en el andén su tren.

—El peso del corazón de las personas calma la tierra donde viven. Estoy seguro de que hay otros lugares donde ese peso ha desaparecido y ha dejado una Puerta abierta —dice Souta, mirando al cielo lejano. Puedo oír el silbato del tren y el traqueteo de sus ruedas acercándose.



—Voy a cerrar algunas puertas de camino a Tokio —dice con decisión. Creo que espero que me pida que vaya con él. Pero sé que probablemente no lo hará. Yo tengo mi propio mundo al que debo volver, y él tiene trabajo que hacer. Con una velocidad molesta, el pequeño tren de un solo vagón entra en la estación y abre sus puertas. Souta sube sin decir nada.

—¡Eh, Souta! —grito.

Él se da la vuelta. Suena la campana que indica que las puertas están a punto de cerrarse.

—Yo...

Titubeo. Él salta de nuevo al andén y me abraza.

—Suzume, gracias por salvarme —me dice al oído. Estoy envuelta en su fuerte abrazo. Me pica la nariz y, como una tonta, empiezo a llorar.

—Iré a verte, lo prometo —dice con confianza, y luego se aleja flotando de mí. La campana deja de sonar y las puertas se cierran. Un pájaro canta con fuerza. Observo cómo el tren se aleja con él a bordo.

La camisa larga que me dio refleja la luz del sol de la mañana sobre mí.

Después de eso, los tres pasamos medio día más conduciendo de vuelta a Tokio en el descapotable de Serizawa. A decir verdad, daría cualquier cosa por salir de ese coche (intenta pasar horas siendo azotado por el viento en un descapotable cuyo techo no se cierra y entenderás lo que digo), pero habría sido cruel abandonar a Serizawa mientras Tamaki y yo nos subíamos a un reluciente Shinkansen nuevo.



Como era de esperar, nos cae la lluvia, la policía nos detiene y tenemos problemas con el motor, pero conseguimos disfrutar del viaje de regreso. Estamos demasiado desesperados como para no hacerlo. Compramos un montón de aperitivos en una parada de descanso y los comemos en el coche. Tamaki incluso le sostiene el helado a Serizawa mientras conduce. Cantamos a pleno pulmón cualquier canción pop que ponga, sepamos la letra o no. Recibimos muchas miradas sospechosas de los coches que nos rodean, pero no nos importa. Cuando llegamos a la estación de Tokio esa noche, los tres estamos agotados. Nos despedimos con apretones de manos rígidos frente a la puerta de billetes del Shinkansen Tokaido.

Tamaki y yo tardamos dos días más en volver a Miyazaki. Nos alojamos en el karaoke de Rumi en Kobe y en la posada de Chika en Ehime. Tamaki reparte montones de regalos que

compró en la estación de Tokio y se inclina muchas veces, disculpándose por todos los problemas que causó su hija. En casa de Rumi ayudamos con los clientes, y en la posada hacemos tareas domésticas. Tamaki es extrañamente popular entre los clientes del karaoke, tanto hombres como mujeres, y me sorprende con sus talentos ocultos. Rumi, Miki, Tamaki y yo hacemos apasionados cuartetos de karaoke (me he familiarizado bastante con la música pop vintage en los últimos días), y en casa de Chika, ella y yo nos tumbamos en futones una al lado de la otra y hablamos hasta que sale el sol.

Luego Tamaki y yo tomamos el ferry en el mismo puerto donde me bajé camino a Ehime y lo tomamos de regreso a Miyazaki. Minoru nos recoge en el muelle del otro lado, y aunque Tamaki parece molesta, creo que en el fondo está contenta. Me doy cuenta de que el mapa de Japón en mi smartphone, que he estado consultando mientras viajábamos —en coche, tren y ferry— se ha vuelto muy especial para mí.



Han pasado unos meses desde entonces.

He estado yendo a la escuela todos los días y estudiando más que antes para los exámenes de ingreso a la universidad del próximo año. Tamaki y yo discutimos más que antes, pero en lugar de peleas, se siente como un intercambio cómodo de ideas. Sus fiambreras siguen siendo tan exageradas como siempre. El mar que paso de camino a la escuela se vuelve más brillante cada día. Me parece que a medida que avanza el invierno, el mar se vuelve más azul, las nubes más grises, el asfalto más negro y todo brilla con más intensidad. Es como si el mundo bajo la luz estuviera cambiando constantemente mientras se dirige hacia un punto en el horizonte.

Es una mañana de febrero sin una nube en el cielo azul, como el día en que comenzó el mundo. El viento sigue siendo agudo y frío, y el sol claro y limpio brilla en cada rincón de la ciudad.

Estoy bajando en bicicleta por la colina junto al mar, con mi uniforme escolar y una bufanda gruesa envuelta alrededor del cuello. Mi falda ondea al viento como si respirara profundamente.

Veo a alguien subiendo la colina.

Camina con paso firme cuesta arriba, el viento hinchando su abrigo largo. Lo reconozco al instante. Voy a decir las palabras que nadie pudo decir aquel día, pienso de repente. Él se detiene. Me bajo de los pedales y respiro profundamente el aire del mar.

—Bienvenido de nuevo —digo.

